

Emociones de un ex-madrileño: Clarín, 1886

ANA RODRÍGUEZ FISCHER
Universidad de Barcelona

Canta, musa, las emociones de un exmadrileño, hoy humilde provinciano, que vuelve a la patria de su espíritu después de tres años de ausencia. Amarrado, no a la concha de Venus, como el poeta, sino al imperioso deber de la residencia en una cátedra, como conviene a un prosista, había sentido pasar muchos meses y algunos años y no pocas glorias tan falsas como efímeras, sin ver por mis ojos las maravillas que de la corte contaban los papeles.// Y al fin entraba en Madrid por la puerta de San Vicente, que de par en par se me abría, metido, en compañía de una sombrerera, un paraguas, una manta, un baúl maleta y, valga la verdad, unos chanclos, en el mísero espacio que contiene un coche de punto¹.

Este es el autorretrato del *Clarín* que en 1886 reemprendía un personal viaje crítico-literario de gran aliento, a juzgar por los propósitos e intenciones que el autor declaraba tanto a sus editores² como a sus lectores, en la Introducción que precede al primero de sus *Folletos Literarios*: “pretendo, fundándome en ese interés creciente que atribuyo a nuestra vida literaria, publicar de vez en cuando, siempre que la ocasión me parezca oportuna, un opúsculo o *folleto literario* que tenga por objeto el interés actual de las letras”³. Y a continuación agrega que no será un periódico, pues no tendrá una periodicidad precisa, ni tampoco idéntica extensión todas las entregas, ya que dependerá aquélla de la materia tratada, que tampoco será siempre la misma, dado que los anunciados *Folletos literarios* podrán versar sobre “un asunto particular que por sí solo merezca muchas hojas” pero también sobre “el conjunto de la producción literaria durante un tiempo determinado”. Por tanto, la oportunidad (entendida ésta

¹ ALAS, L., “Un viaje a Madrid”, *Folletos Literarios*, en *O.C.IV*. Introducción de S. Sanz Villanueva, Madrid, Biblioteca Castro, 1998, p.11.

² El proyecto databa de 1884, según se desprende de una carta enviada a sus editores madrileños Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta, incluida en el epistolario preparado por J. Blanquat y J.F. Botrel, que cita Sanz Villanueva en su introducción (*Opus cit.*, p.XI).

³ *Ibidem*, p. 6. En adelante indicaré el número de página a pie de cita.

como la pertinencia o adecuación al momento, el interés actual del asunto, no nos confundamos) y la variedad serán sus rasgos más novedosos, ya que *Clarín* mantendrá en este nuevo proyecto su habitual independencia de criterio y seguirá los impulsos de su temperamento, liberándose de la tiranía de la “crítica al minuto” o a la semana o incluso al mes⁴.

Y entonces ¿en qué consistirá la mencionada variedad? Ni más ni menos que en la forma, en el molde discursivo en que se vierta la crítica literaria de *Clarín*, que no irá ceñida “a la forma clásica del artículo doctrinal, seriate y cachazudo” (p.9). Y si bien entonces, a juzgar por la dilatada frecuencia con que fueron apareciendo los *Folletos*⁵, seguramente no tenía aún el autor un completo esquema de tales variaciones formales, sí se refiere con detalle al primer molde empleado: la narración de viaje:

Por ejemplo, en este primer opúsculo con que ensayo mi proyecto, se trata de las obras de actualidad en estos últimos meses; pero como en este tiempo el autor ha dado una vuelta por Madrid después de más de dos años de ausencia, mezcladas con la crítica irán las impresiones sentidas al ver de nuevo aquel antiguo teatro de mi vida literaria, donde como tantos otros, gocé y padecí, aprendí algo bueno y mucho malo. La literatura se relaciona estrechamente con otros muchos intereses de la vida, y así, de unas en otras, llegaré muchas veces, sin sentirlo, a tratar de materias que no sean del dominio de la pura crítica. ¿Y qué? El lector no me lo echará en cara si lo que digo, por azar, llega a importarle. (p.9).

Y en efecto, el primero de los *Folletos*, *Un viaje a Madrid* (1866), arranca con el citado autorretrato del viajero, retrato en el que cualquier lector advierte al pronto el sesgo paródico al servicio del pastiche que hay en la invocación a las musas y demás referencias librescas. Estamos lejos del “tono elevado” y del “acento épico” que Sanz Villanueva dice que “Alas adopta en los inicios de la narración”⁶. Pero, en fin, si el tono burlesco no se captase en una primera lectura, bastaría recordar cualquier texto en que *Clarín* recurre al clisé homérico para salirnos de dudas. Por citar un ejemplo, el *Palique* a las dotes poéticas del agustino Muiños Sáenz, que comienza “Canta, diosa, del *agustinoide* Muiños la cólera desastrosa, que abrumó con males infinitos a toda la Orden y precipitó en el Tártaro de lo ridículo sublime...”, etcétera⁷. A este paródico inicio del auto-

⁴ Justamente a este aspecto del ejercicio crítico (sobre todo del teatro) se refiere en el primer *Folleteo*, quejándose del escaso margen temporal y de las condiciones apresuradas en que el crítico se ve obligado a emitir sus apreciaciones y juicios (p.39).

⁵ No trataré aquí de esta cuestión. Las vicisitudes de los *Folletos* en cuanto a cronología, proyectos truncados y demás, las expone con meridiana claridad el editor del tomo.

⁶ *Opus Cit.*, p. XVIII.

⁷ ALAS, L., “La Muñeira”, en *Paliques* (1884). Edición de J.M. Martínez Cachero, Barcelona, Labor (THM, 26), 1973, p.248.

rretrato debe añadirsele el cierre del mismo, en el que Clarín ridiculiza un muy concreto tipo de viajero: el turista que solía viajar llevando *su casa* a cuestas, y que lo hacía más por verificar lo confortable de su pequeño mundo que por ganas de ampliar y abrir las fronteras de su espíritu. Nótese, de nuevo, cómo la introducción de unos humildes y aldeanos chanclos en la enumeración del equipaje del viajero rebaja cualquier expectativa.

Pero antes de analizar *Un viaje a Madrid*, hablaré brevemente de esta sorprendente faceta de un escritor cuya imagen y cuya obra, por lo común, se nos representa tan apegada a su Vetusta natal.

No soy muy dada a aventurar hipótesis gratuitas, pero en las referencias a los “trajinantes de caminos” que he ido detectando en los ensayos y artículos clarinianos, siempre me ha parecido advertir en ellas una tenue y delicada nostalgia del viaje. Nótese en la cita inicial cómo Alas subraya con cierta pesadumbre lo de “*residencia en una cátedra*”, posiblemente la única expresión de su verdadero sentir que hay en todo el párrafo. Esa nostalgia del viaje es muy patente en su crítica a los cuadros de costumbres que Salvador Rueda tituló *El patio andaluz*, cuando Clarín confiesa que “si no fuera porque estaría muy mal visto que un crítico se pusiese a contar sus primeros amores”⁸, hablaría de aquel escenario de los idilios que fraguaba su –romántica– imaginación infantil. Pero sí hablará el autor de otro de sus innumerables proyectos.

Tengo un libro entre manos en el que he de procurar describir la comparación de mi sierra de Córdoba⁹, soñada con fuerza bastante plástica para que viviera fija en el cerebro de un niño la sierra verdadera que vi siendo ya muy hombre, o por lo menos todo lo hombre que yo he de ser en este mundo. Pues de la sierra aquella y de los patios andaluces y de mis impresiones de entonces, al comparar sueños con realidades, me ha hecho acordar el libro de Rueda.

Y a continuación evoca brevemente sus viajes a Andalucía,

Cuando yo entré en Andalucía, olfateando con el alma, si cabe hablar así, llegaron a mis sentidos y volando pasaron al espíritu, ráfagas de esos aromas mágicos, compuestos con aire, luz, idea y acaso algunas hojas de azahar y algunas gotas de Jerez; y a veces en la prosa poética del Patio andaluz se me antoja encontrar

⁸ ALAS, L., *El patio andaluz, La opinión* (10–VII–1886). Recogido en *Nueva Campaña* (1885–86). Edición de Antonio Vilanova, Barcelona, Lumen (Palabra Crítica, 7), 1989, pp.247–8.

⁹ Córdoba fue uno de los puntos visitado por Clarín en su viaje de novios, en 1881, y del que queda una breve noticia en la “lectura” que, en 1905, Azorín hizo y nos dejó de un cuaderno hallado en la biblioteca del maestro. (“Oviedo. En la biblioteca de Clarín”, en *Los clásicos futuros*, Buenos Aires, Espasa–Calpe (Austral, 551), 1945, pp. 108–116.) De hecho, buena parte de los textos azorinianos de este libro toman el esquema de *Un viaje a Madrid*, en el que el narrador visita “las casas en que ha vivido el genio”: Pereda, Galdós, Clarín, etc.

reminiscencias de tales aromas, si bien, es claro, con la diferencia que va de oler violetas frescas en el campo, a oler un pañuelo perfumado con violeta¹⁰.

para seguir con una interesantísima y aguda “teoría de Andalucía” (llamésmola así), distinguiendo entre “la vulgar, la ostentosa, la de guardarropía, la de escaparate, la de los *commi-voyageurs* y demás viajeros cursis”; y

La otra Andalucía, la misteriosa, la inolvidable, la que se adivina cuando se sabe soñar; la que no han visto muchos andaluces; la que habla al alma por los ojos de algunas andaluzas y en los juegos de la luz en la mezquita de Córdoba a las diez de la mañana; la que canta con melancolía sublime en las hojas de los naranjos en las huertas de la Sierra; la que se ve, sabiendo sentir y recordar, desde el balcón del mundo; la que no anda prostituida por los teatros de París y por los cafés de Madrid y las coplas de los poetas chillones; la que casi está sin estudiar, casi sin comprender; la que mereció que Byron se enamorase de ella; la Andalucía poética, casi mística, ésa apenas la conoce el mundo y si en España llega a aclimatarse de veras un arte realista (literario), la veremos aparecer en libros de verdadera inspiración y de observación honda y bien sentida¹¹.

(Pronto habrá ocasión de ver cómo esa Andalucía honda y trágica, realista, aparece en nuestra literatura de viajes, en las plumas de los Machado, Azorín, Juan Ramón y Ortega, por ejemplo. Será todo un reto para cualquier escritor-viajero enfrentarse a la relación de esa Andalucía. Unamuno, por ejemplo, no lo hizo¹², aun siendo él uno de nuestros mejores narradores de viajes. Otro viajero español de aquella hora cercana, Corpus Barga, afirmará: “Para el español viajero en su patria, ningún país como Andalucía le hace sentir el primer choque revelador de un encanto distinto, eso que los políticos nacionalistas de las regiones llaman ahora en España prosaicamente «el hecho diferencial»”¹³).

En *Nueva Compañía* hay también otro artículo, *Madrileña*¹⁴, que muy bien puede tomarse por un relato o apunte de viaje, todo lo satírico y mordaz que se

¹⁰ *Ibidem*, p.248.

¹¹ *Ibidem*, pp. 248–9.

¹² En 1911, confesaba: "Algunos relatos de viajes y excursiones llevo escritos ya, pero he de dejar tal vez en el silencio en que los recogí los sentimientos más hondos que de esas escapadas a la libertad del campo he logrado. No he escrito ni creo escribiré jamás mis impresiones de Granada, y en Granada pasé una de mis quincenas más repletas de vida. Mientras viva, reposará en el lecho de mi alma, por debajo de la corriente de las impresiones huideras, aquella santa caída de tarde que a principios del dulce mes de setiembre gocé en el Albaicín, todo blanco de recuerdos. Fue como un baño en algo etéreo. [...] Pero, ¿quién cuenta todo esto?" (*Andanzas y visiones españolas*, en *Obras Completas I (Paisajes)*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958, pp. 607-8.

¹³ CORPUS BARGA: “España pintada por los españoles. Córdoba y su último pintor”, en *Entrevistas..., semblanzas y crónicas*, Valencia, Pre-textos, 1992, p. 240.

¹⁴ ALAS, L., *Nueva campaña*, ed. cit, pp. 313–5.

quiera (pero tampoco es éste un registro inhabitual en la literatura de viajes, muy especialmente en unos años en que, habiéndose hecho costumbre el viajar, el género, en manos de plumas torpes, constituía casi una plaga¹⁵), y que además presenta interesantes coincidencias con *Un viaje a Madrid*, sobre todo en ese estancamiento y cansancio que muestra una ciudad "sin peripecias ni cambios", cuyo único movimiento es meramente pendular.

Esa nostalgia del viaje vuelve a aflorar cuando Clarín trata de uno de nuestros escritores más viajados, don Juan Valera, ocasión que el autor aprovecha para lanzar un encendido elogio de los trajinantes de caminos:

Valera se parece a nuestros Quevedos y Hurtados de Mendoza y Garcilasos, que corrían el mundo, estudiaban la vida en las cortes extranjeras, amaban en varios idiomas, y manejaban las armas o la política de altas esferas, llegando después al trato de la musa con este ambiente fresco del ancho mundo pegado al cuerpo, ricos de experiencia y de emociones, *poéticos* además de poetas¹⁶.

Y si, en el caso de Pereda, no puede el autor versar sobre esa dimensión épico-aventurera del viaje, sí elogiará Clarín en el escritor montañés la prodigiosa capacidad descriptiva del Santander natal que encierra *Sotileza*¹⁷, el espíritu poético-naturalista del "paseante" perediano, y su excelente condición de paisajista de exteriores¹⁸. En este último artículo nos ofrecerá además Clarín una reflexión sobre los modos de viajar al campo:

Este modo de querer a la *madre naturaleza*, como la llama Emilia Pardo Bazán, no pueden comprenderlo aquellos que van al campo en calidad de *turistas*, los *snobs*, ni los que recurren a él para curar los pulmones o tomar leche de burras, o

¹⁵ Abundan en la literatura del momento las voces críticas y contrarias a la vulgarización y desvirtuación o banalización de la experiencia del viaje, que se van recrudeciendo conforme la moda se expande. "Del delicioso ensueño que antes era ir a la ventura en busca de lo desconocido -escriben Darío de Regoyos y Emile Verhaeren en *España Negra* [1899]- se ha hecho hoy una distracción metódica, uniformada para *libro de memorias*". Y en 1901-1902 aparecieron los *Viajes morrocotudos*, del periodista Juan Pérez Zúñiga, una delirante parodia de los elementos más destacados del género, desde la figura o personaje del viajero (un periodista y un dibujante acuciados por dificultades económicas que esperan salvar improvisando su "relación de viaje"), a los episodios o peripecias que les suceden (y que transcurren entre caníbales voraces, fieras salvajes y otros extraños personajes así como por selvas, desiertos o ríos desbordados), pasando por ciertos tópicos propios de tales narraciones (la dificultad de describir, el pintoresquismo, la apelación al lector o las referencias a otros autores y viajeros ficticios además de las inevitables referencias librescas).

¹⁶ ALAS, L., "Valera", *La Opinión*, 26-VI-1886. Recogido en *Nueva Campaña*, ed. cit., p. 130.

¹⁷ ALAS, L., "Sotileza", *El Globo*, 20-IV-1885. Recogido en *Nueva campaña*, ed. cit., p. 167.

¹⁸ ALAS, L., "La Montávez", *Mezclilla* (1889). Edición y Prólogo de Antonio Vilanova, Barcelona, Lumen (Palabra Crítica, 4), 1987, pp. 122 y 126.

buscarse electores, *recoger notas* para libros, cuadros, etc.; sólo pueden comprenderlo los que, como Levine (léase Tolstói) y Pereda son, en cierto modo, aldeanos sin dejar de ser artistas, y han llegado a penetrar la belleza *útil y dulce* de la *tierra*, viviendo pegados a ella años y años, interesados de veras en esta manera de vida, llena el alma de emociones y recuerdos antiguos de esa leyenda rítmica de las estaciones, siempre igual y siempre nueva. (pp.122–3).

Y desde luego en la obra de don Emilio Castelar sabrá apreciar con tino la necesidad de ese “himno valentísimo al espíritu latino” que hay en los *Recuerdos de Italia* (1876), además de sus cualidades estrictamente literarias:

Bien haya el escritor sublime, el poeta sin par, que con la música de su palabra nos orienta en el camino de la fantasía, que nos saca de la prosa mezquina de la vida, tanto más peligrosa porque es sistemática, y que para conducirnos a los vergeles de su espiritualismo, que son muy parecidos a los jardines de Academia, nos va cantando por el camino la leyenda de todos los siglos, la epopeya eterna de la Idea... Por él nos animaremos acaso a buenas obras y nos crearemos capaces de llegar a ser héroes... como el príncipe Pipi¹⁹.

Como lector-crítico de la literatura de viajes, además de los *Recuerdos* de Castelar, Clarín se hizo eco de un ensayo sobre poesía española de Boris de Tannenberg, donde nos muestra al joven franco-ruso como modélico viajero por España²⁰ –a diferencia de los cursis o de los muy chauvinistas franceses– y del libro del fingido o inexistente inglés Bullfigther²¹, *The dangerous life: Spanish Customs*, libro del que supuestamente extrae el narrador un generoso pasaje para ilustrar el deficiente estado y funcionamiento de nuestro sistema político, que concluye con una rotunda apostilla: “Ahora, si ustedes quieren, protesten contra los comentarios, generalizaciones y deducciones de Mr. Bullfigther; pero no nieguen lo de Vitoria, Bobadilla y Sevilla; no nieguen los hechos porque están sangrando”²².

Pero pasemos ya a hablar de *Un viaje a Madrid*, texto en el que, tras la parodia inicial, parece como si a Clarín le sucediera algo parecido a lo que le ocu-

¹⁹ Reseña del segundo tomo de los *Recuerdos de Italia*, publicada en noviembre de 1876 y recogido en *Solos*, Madrid, Alianza Editorial (LB,350), p.97.

²⁰ “Revista Literaria. Diciembre de 1889”, en *Ensayos y Revistas* (1892). Edición de Antonio Vilanova, Barcelona, Lumen (Palabra Crítica, 13), 1991, pp.208–209, especialmente.

²¹ Me inclino a creer que el mencionado autor se trata de una invención clariniana: no he hallado referencias en los habituales repertorios bibliográficos pero es que, además, parece que estamos ante una típica *sátira* (deformación clariniana de la voz “sátira”) que en más de un aspecto presenta una indiscutible filiación larriana. El tal Mr. Bullfigther tiene toda la pinta de pertenecer a la familia de el Zalamero (“Un candidato) y del erudito don Hermógenes Panchampla de Colón y Compañía, por ejemplo.

²² ALAS, L., “The Dangerous Life”, en *Paliques*, ed. cit., pp. 203–206.

rió a Gustavo Planche, “modelo de críticos sabios, justos y francos, [que] salió un día de París; viajó por Italia, vio mucha belleza por el mundo, pensó mucho, y cuando volvió a su patria, después de algunos años, encontró su pluma algo más blanda, su criterio más flexible. [...] Aquella suavidad nueva era una triste y profunda ironía”²³.

Si lo comparamos con *Madrileña*, como Planche, también el narrador de *Un viaje a Madrid* que regresa a la Corte tras el retiro provinciano parece haber trocado el acerado sarcasmo de antes por un suave tono reflexivo, en el que el lector no tarda en advertir una amargura de estirpe larriana cuando, al poco de iniciar sus paseos –y en el extremo opuesto al modo de pasear común a los españoles²⁴– se sume en una dolorosa reflexión de corte metafísico al comprobar la inercia y el letargo de Madrid, la robotización del hombre–masa y otras fatales impresiones que la contemplación de la multitud le producen al peripatético solitario:

todo era gris, del gris de que han de ser los pollinos, según el *Diccionario*; el palacio real parecía una elegía verdadera, no de las que escriben los poetas falsos cuando se mueren los reyes. [...] Esta primera impresión glacial de un pueblo grande que se vuelve a ver después de una ausencia es de las que más contribuyen a que la fantasía dé argumentos a la razón para negar el albedrío, para inclinarse a creer por lo menos que la vida social es cosa de maquinaria, y que los hombres damos vueltas alrededor de unos cuantos deseos, como los peces que en una pecera trazan círculos sin fin (p.12).

Y tras observar aquel inmovilismo y aplastamiento, la uniformidad y general grisalla en los madrileños –periodistas, políticos, literatos, bolsistas o vagos– que frecuentan la cervecería inglesa, pintando un cuadro que me recuerda mucho la atmósfera y el tono que ciertos novelistas de postguerra han empleado para pintar el ocio y la apatía de la joven burguesía –García Hortelano o el Luis Goytisolo de *Las mismas palabras*, por ejemplo–, al subrayar una y otra vez “lo mismo, lo mismo que años atrás, lo mismo que siempre” (p.12), en recurso reiterado de efectos muy similares al *cuasi* del célebre artículo de Larra, concluye

²³ ALAS, L., “Nueva campaña”, en *Nueva campaña*, ed. cit., p.63.

²⁴ En una carta a Galdós, Clarín empleó una interesante analogía para hablar de nuestro modo de ser: “Soy menos partidario que mi amigo Pompeyo Gener de buscar en causas étnicas y climatológicas el fundamento de casi todo; pero reconozco que el sol es un enemigo de la literatura y un protector de la política y de los toros. Salir a la calle a hablar mal del Gobierno o a ver matar a *Frascuero*, es más fácil y más agradable, y hasta más higiénico, valga la verdad, que quedarse en casa leyendo, en mala postura probablemente, con respiración difícil y en un ambiente impuro. En España, la mayor parte del pueblo no tiene más habitación bien ventilada... que la calle. En fin, somos unos filósofos peripatéticos, sin filosofía. Aristóteles meditaba paseando; nosotros paseamos sin meditar: esa es la única diferencia entre esta España y aquella Grecia.” (*Mezclilla*, ed. cit., p.109).

el viajero provinciano su retrato de los “grupos negros de siempre” con una imagen no menos contundente que la de la pecera de la cita anterior:

Como los granos del molino resbalan empujándose unos a otros y caen por el fatal agujero para que los aplaste la muela, hombres y hombres, anónimos unos de hoy, otros de mañana, todos muy bien vestidos, todos afeitados, como si valiese la pena, se atropellaban, se amontonaban, gastaban la vida en aquel afán inconsciente... (p. 13).

Hay asco y hastío y desazón en el viajero que observa la monotonía del juego cortesano. Y hay pesimismo, como en Larra²⁵. Y también, como en *Figaro*, hay en *Clarín* la misma extrañeza/alienación de quien se siente extranjero en su propia Patria. Los paseos de este viajero, su deambular por el Madrid que le parece un inmenso yermo o páramo en el que todo es arena y en el que detecta unos pocos oasis que para colmo están desparramados,

... En Madrid hay muchos centenares de almas que se creen escogidas, que hablan con mucha formalidad de arte, de gusto, de ideas, de talento, de *esprit*... pero lo cierto es que todo eso es arena; los oasis están desparramados. Allí en el barrio de Salamanca veo uno..., aquí en la plaza de Colón otro..., en la de las Cortes otro, en la calle del Prado otro, en la de la Princesa otro..., y otros pocos por acá y por allá, y por el medio, ¡cuántas breñas!, ¡qué de esparto!, ¡cuánta sequedad y qué de espejismos de la vanagloria!... (pp.21-22).

tienen todo el sabor del extravío callejero del suicida romántico de 1837, salvo en la nota carnavalesca, pues *Clarín* sustituye ahora la acidez por la melancolía. Y además, aunque, como Larra, huya de las calles o de las fondas y cervecerías para salir de aquel *circulo vicioso* (p.14) y dejar de oír a los hombres-fonógrafos “que repiten palabras de que no tienen verdadera conciencia” (p.17), esa huida no le lleva a darse de bruces con el criado ebrio. El suyo es un repliegue hacia el interior, sí, pero en él no se verá ya obligado a escuchar la voz de la conciencia, a proseguir su soliloquio, ni a ensordecen en la marejada de voces confusas y efímeras porque en esos espacios interiores encontrará espíritus nobles y trabajadores. Encontrará a Menéndez Pelayo en su celda²⁶ de la fonda de

²⁵ Desconozco la existencia de un estudio sobre las relaciones literarias o analogías entre Larra y *Clarín* (por supuesto, referidas al ensayo y la crítica o a formas narrativas no novelescas) pero lo que estoy señalando invita a hacer esa lectura, más si tenemos en cuenta que en algunos de sus artículos periodísticos *Clarín* adoptó formatos larrianos. Véase la “Carta a un sobrino disuadiéndole a tomar la profesión de crítico”, en *Nueva campaña*, p. 103 y ss.

²⁶ Y no resulta exagerado catalogar así aquel espacio. Gregorio Marañón, en su ininteresante estudio sobre don Marcelino (donde analiza las causas de aquella austeridad y sacrificio), destacó también ese rasgo de los espacios habitados por el sabio santanderino y habló de “las habitaciones, perpetuamente estudiantiles, de los hoteles que habitara en Madrid”. (GREGORIO MARA-

las Cuatro Naciones (capítulo II), a don Emilio Castelar en su biblioteca (cap. III), a Campoamor en el modesto gabinete donde el poeta recibe (cap. IV) o a Núñez de Arce en su despacho de un segundo piso de la calle del Prado (cap.V).

Un viaje a Madrid es un ficticio viaje literario a los paisajes o territorios más caros al autor ovetense, pues de estos escritores a quienes visita en el Madrid de 1886 se había ocupado a menudo en sus ensayos y artículos literarios. La variación formal está en la invención de este personaje del viajero provinciano (tan distinta de la del crítico de gabinete) y en ese esquema itinerante que se percibe algo más debilitado en los dos últimos capítulos dedicados a hablar de los teatros:

Ello es que llegué a Madrid, fui de teatro en teatro y todos eran desiertos, menos los de espectáculos al por menor, especie de tiendas asilos del arte, donde por unas cuantas perras chicas se ve un sainete, que a veces tiene gracia y las más desvergüenza. En los teatros grandes no había público, ni actores, ni comedias; no podía haber menos. (p.40).

Tiene este viaje una estructura circular. Andando, andando, el autor va encontrando esos oasis, pero por su “desparramamiento” y por su reclusión en sus personales celdas, bibliotecas, gabinetes, o despachos, por su silencio, lo que sigue retumbando en los oídos del lector es el bullicio de los parroquianos del Suizo, de las Cervecerías o del café de Levante:

¡Y cuántos viven así! Entre tanto se inventa el vapor, el telégrafo, el teléfono, la luz eléctrica, la sinceridad electoral, mil maravillas; todo progresa menos el hombre, menos el español, menos el madrileño que ayer se envenenaba noche tras noche con las emanaciones del quinqué apestoso, y ahora palidece y toma aires de cómico bajo la acción del gas, y ya empieza a quedarse ciego gracias a la luz eléctrica... El mundo marcha, es indudable; pero en los cafés hay más ociosos cada día; más ociosos y más candidatos... (p.14).